

TARANTELA

Á ANTONINO MARI

A las tímidas caricias
de una mano fina y pálida,
de una mano moribunda, que parece la de Cristo
de la cruz desenclavada,
en las teclas del harmonium despertaron, sollozantes,
de la antigua tarantela las cadencias olvidadas.

Y al compás de los acordes de la vieja melodía,
de sus lóbregos telares descendieron las arañas;
y en los altos campanarios salmodiaron al crepúsculo
con sus bronces sepulcrales, las fatídicas campanas!

Las arañas son amigas de las ruinas. El cansancio
de sus lánguidas pupilas se refleja en la mirada;
y al andar, sus tardos pasos, tristes copian el desfile
de la errante caravana,
que soñando con las húmedas cisternas,
cruza, lenta y fatigosa, las llanuras solitarias!

¡Oh, poetas, tejedores silenciosos,
melancólicas arañas,
¡que en la red de vuestros versos

se entremezclan prisioneros

todos los sueños que cruzan el azul de nuestras almas

¡Cantad lo móvil, lo errante,
lo que fugitivo pasa!...

¡Mejillas que enrojecieron
al chocar nuestras miradas;
ojos que de paso vimos
brillar tras una ventana!...

Fugitivas vibraciones, pasajeras melodías
de cantares y de besos y de músicas lejanas,
que a la vuelta de un camino se perdieron para siempre
entre el eco de las fuentes y el murmullo de las ramas!...
¿Dónde fueron vuestras notas?... ¿Bajo qué balcón florido
entonáis ahora, bohemios, vuestra errante serenata?

Triste canción, que una noche
de luna, gimiendo plácida,
detuvo mi paso errante
junto á una reja entornada...
¡Vuelve á turbar el reposo
de las calles solitarias!

Rojos violines de zingaros,
que evocasteis mis nostalgias
en aquella alegre tarde
de recuerdos y esperanzas...
¡Volved á gemir amores
debajo de mi ventana!

¡Oh, voz piadosa, voz trémula,
voz de cristal y de lágrimas!...
¿Por qué no alegran tus risas
el silencio de mi alma?

La blanca mano de Cristo desaparece en la sombra;
el harmonium gime, y calla;
y entre el oro del crepúsculo, una pálida bohemia
debajo de mis balcones, cantando y bailando pasa,
y se pierde, con el lírico sollozar de los violines,
á lo largo del sendero que perfuman las acacias!

En el aire hay un sonoro florecer de golondrinas;
y á compás del argentino repicar de las campanas,
en los blancos cortinajes de mi lecho solitario
— blando nido que deshizo el furor de la borrasca —
un poema de caricias y de amores fugitivos
en sus redes de oro tejen, temblorosas, las arañas!

PAISAJE

Á RAMÓN SÁNCHEZ DÍAZ

Un sol de plomo y púrpura incendia el firmamento...
El supremo cansancio... La llama infinita...
En un sopor de fiebre la atmósfera dormita,
y jadeante abrasa de la tierra el aliento!

¡Todo polvo!... Se duerme aletargado el viento...
Ni un pájaro gorjea, ni una rama se agita...
La nota agria y aguda de la cruz de una ermita
perturba del paisaje el tono amarillento.

Sólo alguna cigüeña, proyecta en la llanura
su móvil sombra rápida... Entre el polvo chispean
la punta de la lanza y el yelmo de Mambrino

del ingenioso hidalgo de la Triste Figura;
y allá, lejos, cual brazos de un gigante, voltean
con lenta pesadumbre, las aspas de un molino!

OCTUBRE

A JOSÉ RIQUELME FLORES

Sólo un mirlo, burlón, silba en la copa
de un álamo que, tenue, mece el viento.
De pronto, una canción dulce y lejana
turba de las campiñas el silencio...

Son los vendimiadores. Ellas, rojas,
de pámpanos ceñidos los cabellos,
y temblando en las redes del corpiño
las candidas palomas de los seros,
vienen cantando el himno del Otoño,
con los brazos en alto, sosteniendo
sobre sus frentes por el sol tostadas,
con gracia de canéforas, en cestos

de mimbre, los racimos donde hierve
 la divina embriaguez del vino nuevo.
 Ellos detrás, alegres y danzantes,
 atraviesan los húmedos senderos,
 con la flauta en el labio, y temblorosos
 sobre el registro los movibles dedos.
 Cruzan hollando las marchitas hojas...
 Entre rumor de risas y de besos
 se pierden las cadencias de la música,
 y en lentas gradaciones van muriendo!...

En los lejanos bosques llamearon
 los resplandores de otoñal incendio;
 y el humo de los últimos hogares
 elevábase, rígido, á los cielos...

Una hoja seca palpitó en los aires;
 entre las ramas onduló un momento,
 y cual dorada mariposa herida,
 aleteando descendió hasta el suelo!

CREPUSCULO

Á RICARDO CALVO

Los enamorados cruzan la floresta,
 unidas las blancas manos temblorosas,
 y triunfal recorre la ciudad en fiesta,
 otoñal incendio de llameantes rosas.

Rumores de danzas alegran las plazas,
 músicas bohemias pueblan los jardines,
 y entre los rosales, sobre las terrazas,
 un canto de amores gimen los violines.

Ligera armonía de notas inquietas
vuela en las campanas, vibra en los pianos,
ríe en el estruendo de las panderetas
y tiembla en las arpas de los saboyanos!

¡Sendas del crepúsculo, largas avenidas
que invitáis con vuestros misterios de nido,
á estrechar el talle de nuestras queridas
y á decirnos frases de amor, al oído;

en todas vosotras asistí á una cita!...
Conozco el paraje más bello y ameno,
y sé el banco rústico que, escondido, incita
á inclinar la frente sobre un blanco seno!

¡Horas del crepúsculo, que tristeza inspiran,
sois las predilectas de las almas locas!...
Entre vuestras sombras, los ojos se miran,
las manos se buscan y se unen las bocas!

Las brumas invaden los viejos jardines;
un rumor de danzas se extingue en las plazas,
y doliente y trémula, sobre las terrazas,
la nota postrera vibra en los violines...

En las calles solas, las primeras luces
entre las tinieblas arden temblorosas,
mientras de las torres, en las altas cruces,
dehoja el crepúsculo sus últimas rosas!

NOCTURNO

La noche tiende sobre el mundo muerto
su lóbrega mortaja.

Surgen negras serpientes del abismo;
ascienden por las ásperas montañas;
ruedan al valle; cruzan los senderos;
lentas invaden la ciudad; resbalan
por los muros, se enroscan á los árboles;
entre las flores del jardín se arrastran,
y en los verdes juncales del pantano
asoman la cabeza, y, asombradas,

permanecen inmóviles, mirándose
en el profundo espejo de las aguas!

Es la hora negra del dolor!... La cita
de las almas que viven separadas
por una eternidad... Tiembla en los muros
la sombra de un murciélago que pasa.

¡Ya no hay recuerdos del ayer!... Mis labios
no secan la amargura de tus lágrimas,
ni oigo tu voz, desfalleciente y trémula,
que en la incoherencia del placer me llama.

Tan sólo en el silencio, al apagarse
los últimos fulgores de mi lámpara,
aún parece que escucho el ruido, tenue
como rumor de seda acariciada,
que producen tus manos inexpertas
al desatar, temblando, tus sandalias!

CANCIÓN DE OTOÑO

A CRISTÓBAL DE CASTRO

De los montes descenden las nieblas,
como sombras que bajan del cielo.

Cautelosas avanzan temblando
por los húmedos campos desiertos;
se apoderan de todas las cimas;
se deslizan por todos los huecos;
las florestas invaden, y asaltan
el audaz campanario del templo,
y en las altas veletas despliegan
su triunfante bandera á los vientos.

Unas fingen castillos fantásticos;
 otras luchas de monstruos quiméricos;
 y las hay tan fugaces y pálidas,
 que semejan desfile de muertos.

¿Dónde vais, vagas sombras perdidas
 en los giros volubles del viento?...
 ¿Dónde han ido mis viejos amores?...
 ¿Quiénes fieles y amantes me fueron?...

Tú, la blanca de trenzas de oro,
 que iluminan del sol los reflejos,
 fuiste el símbolo puro y alegre
 de mis castos amores primeros!

¡Oh, morena de lúbricos ojos,
 ha temblado en mis brazos tu cuerpo,
 y en el rojo clavel de tu boca
 se ha embriagado mi boca de besos!

¡Enlutada de pálido rostro,
 entre cirios y flores de almendro,
 yo he deshecho la cruz de tus manos
 y he cerrado tus ojos abiertos!...

De repente fulgura el relámpago;
 se oye el ronco rugido del trueno;
 y las nieblas, confusas y trémulas,
 de las lívidas luces huyendo,
 se deshacen en lluvia de lágrimas
 en la calma profunda del cielo!

LA CANCIÓN DEL HOGAR

Á MAYER GARÇAO

I

Olvidaremos el pasado. Huiremos
cuando la noche llegue;
cuando reine la sombra, y no se vean
blanquear las paredes
del hogar, ni los cantos de la esposa
entre las flores del jardín resuenen.

II

Cruzaremos la cumbre solitaria
de las nieves perennes...

— ¿Dónde vas, ¡oh, viajero!, entre las sombras
de la noche solemne?

¿Dónde vas?... El nublado se aproxima,
la tempestad se cierne,
y el lobo, aullando, sigue
la huella de tus pasos en la nieve! —
nos dirán los pastores, sujetando
al mastín, que gruñendo sordamente,
en el dintel de la cabaña, enseña
la lívida blancura de sus dientes.

III

Despertarán nuestros piafantes potros
á la ciudad, que en las tinieblas duerme.

— ¿Dónde vas, caminante? Brama el trueno.
Nieva... La luz del rayo resplandece...
No hay posada, y borraron los caminos
las aguas desbordadas del torrente! —
dirá el hombre del llano, y mientras, cauto
para vernos mejor, la luz eleve,
por la entreabierta puerta miraremos
el santo hogar y la fogata alegre,
la limpia alcoba y el nevado lecho,
donde una virgen, esperando, duerme...

IV

Cruzaremos jardines encantados
y desiertos estériles.

— ¿Dónde vas, pasajero taciturno?
Silban en el camino las serpientes;
ruge el león, y acecha en los pantanos
la insaciable pantera de la fiebre! —
exclamará el errante beduino,
sujetando, al pasar, nuestros corceles.
Y bajo el lino de la blanca tienda,
entre esquilas y claros cascabeles
de camellos, oiremos las canciones
que al hogar celebran sus mujeres.

V

Pisaremos la playa, y fletaremos
la embarcación más débil.

— ¿Dónde vas, marinero temerario?
El mar, ronco de rabia, se estremece,
y sobre el dorso de las olas chocan
los tiburones sus voraces dientes! —
nos gritarán los viejos pescadores,
desde la humilde choza, mientras tejen
en torno del hogar, junto á los hijos,
la destrozada urdimbre de sus redes,

VI

En la ligera embarcación iremos
 donde el capricho de la mar nos lleve,
 y entre el rugir del viento y de las olas,
 á todo amor humano indiferentes,
 náufragos del hogar, entonaremos
 nuestros epitalamios á la Muerte!

RAPSDIA

Á MANUEL CARDÍA

¡Es la Vida tan árida!... ¡Es tan triste la Vida,
 que no vale la pena de esperar su partida!...

De esperar la partida del barco amarillento
 donde la Muerte arroja sus cenizas al viento!...

¡Alma mía, no llores! Está franca la puerta
 que conduce al ensueño! En la playa desierta

no hay manos cariñosas que agiten el pañuelo,
ni pupilas amantes que interroguen al cielo,

pidiendo á Dios clemencia, llorando tu partida...
¡Abandona las playas donde ríe la Vida!...

¿Qué te dejas en ella?... El sepulcro entreabierto
de tus locas quimeras; la aridez del desierto...

La carne es el martirio del amor... (El veneno
del áspid á quien dimos calor en nuestro seno.)

Su beso muerde. Ahoga su brazo de pantera.
Se bebe nuestra sangre con avaricia fiera,

y cuando entre sus garras se agota nuestro brio,
nos arroja á las bestias feroces del hastío,

En brazos de la carne morir de amores quiero...
¡Oh, espasmo fugitivo del goce pasajero!...

¿Por qué no ahogas al triste que en tus senos olvida
por un instante, el tedio profundo de la Vida?...

Es la gloria espejismo del desierto mundo;
áncora á que se acoge el nauta moribundo;

inscripción dolorosa que el sacrificio indica;
la cruz donde el escarnio al genio crucifica...

La senda está poblada de víboras y abrojos...
De tanto llorar ciegan los soñadores ojos

que elevan sus miradas, con honda pesadumbre,
sintiendo las nostalgias de la gloriosa cumbre!

¡Nada te liga al puerto de la Vida, alma mía!
En los mares se apaga el incendio del día;

los tripulantes cantan, y misterioso viento
hincha las rojas velas del barco amarillento...

¿Qué importan los dolores de la cruel partida?
¿Qué importa que se quede, sonriendo, la Vida

á los locos placeres, en la estéril ribera
del mundo, si á lo lejos, amante nos espera,

coronada de estrellas, de eternidad vestida,
con los brazos abiertos, nuestra fiel Prometida?...

RENACIMIENTO